

EVANGELIZADORES Y CATEQUISTAS: APÓSTOLES EN UNA ÚNICA IGLESIA

MARCOS R. RUÍZ ARBELOA, OP
Madrid

Había considerado la posibilidad de añadir, en letra pequeña, un subtítulo: "para una vivencia espiritual del ministerio pastoral". Ahora prefiero dejarlo aquí, en la introducción a estas reflexiones que voy a hacer.

Esta es la motivación que me guía: exponer algunas pautas de vida espiritual que han sostenido mi quehacer pastoral, ya de bastantes años, en el intento de servir a la Iglesia de Jesucristo, que ciertamente es una en multitud de acciones, carismas y ministerios.

El Concilio Vaticano II ha vuelto a colocar la unidad y trinidad de Dios, el único señorío de Cristo y la multiplicidad de carismas que proceden del mismo Espíritu en la base de la eclesiología y de la acción pastoral de la Iglesia. Todo agente pastoral en la Iglesia, sea cual fuere su ministerio, ha de recordar y vivir siempre la fe profunda en Dios Padre, la comunión con Jesucristo y la experiencia carismática del Espíritu que, con sus dones y carismas, capacita para todo ministerio. Ésta es la única forma de no desvirtuar el trabajo pastoral de cada individuo y, al mismo tiempo, de superar las dificultades que pueden darse en la comunión entre los agentes pastorales o entre los distintos ministerios. La comunión profunda de cada uno con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es garantía de autenticidad ministerial y de comunión eclesial. Y esto es lo que yo entiendo por espiritualidad. Fuera de estas coordenadas, los agentes de pastoral en la Iglesia pueden ser incluso muy efectivos, pero su acción corre el peligro de estar vacía de contenido y de sentido, y no ser sacramento del Dios Salvador que se ha acercado a los hombres, sobre todo en el misterio de la Encarnación.

Con el fin de ayudar a esta vivencia espiritual de los agentes de pastoral hago estas reflexiones, que distribuiré en seis puntos. Al hilo de la reflexión apuntaré algunas dificultades que suelen surgir en el ministerio pastoral y la forma de superarlas

I. UN TESTIMONIO EN NOMBRE DE LA IGLESIA

El mandato misionero del Señor fue dado al colegio apostólico tomado en su conjunto, es decir, a la Iglesia. Por eso, evangelizar es dar un testimonio en nombre de la Iglesia. Y toda acción pastoral, posterior al primer anuncio del evangelio, se realiza también como acción de la Iglesia.

Aunque cada uno ha sido llamado personalmente, el mandato evangélico no es dado a nadie en particular. Ningún apóstol habla en nombre propio, y como si sólo él hubiera sido enviado. Hablando de las apariciones del Señor resucitado, los evangelistas cuentan cómo el Señor se aparece a todos; a todos promete su ayuda y su Espíritu; a todos envía a la misión... Incluso Pablo, que no conoció a Jesús en su vida mortal y tuvo la experiencia de Él después de la Resurrección, relaciona su aparición a él y su misión con las apariciones y el envío a los otros apóstoles y discípulos (1 Cor 15,3-11; Gál 1-2).

Ningún apóstol da testimonio de la resurrección del Señor en nombre propio. El mensaje del evangelio que, en definitiva, se resume en el anuncio y la vivencia de la muerte y resurrección de Jesucristo, no le ha sido confiado individualmente a nadie. Después de que Cristo se lo confiara a los Apóstoles, tomados en conjunto o en Iglesia, ninguno de nosotros puede dar testimonio de la Resurrección en nombre propio, como quien comunica una experiencia privada. Es la Iglesia apostólica la que da testimonio de la Resurrección, testimonio que ha llegado hasta nosotros por medio de la Tradición de la misma Iglesia, que se apoya en la experiencia apostólica y que da origen a toda la acción pastoral posterior: predicar no es otra cosa que anunciar la experiencia de la Iglesia. Y realizar la acción pastoral, es administrar los bienes que el Señor resucitado ha depositado en su Iglesia.

A esta experiencia apostólica se une nuestra experiencia personal hoy del Resucitado. De ahí el poder y el deber que tiene la Iglesia, sobre todo los obispos como sucesores de los Apóstoles, de discernir toda experiencia

religiosa que se precie de ser evangélica. El Señor vive en medio de nosotros, por la Palabra que nos ha sido anunciada y por haberla dejado fructificar en nosotros al acogerla en la fe (Col 1,1-13). Al anunciar el evangelio, cuando lo hacemos con autenticidad, damos testimonio de esta nueva vida que se ha engendrado en nosotros. Por eso nuestra predicación y todo nuestro ministerio tiene *la misma fuerza y garantía* que la predicación y el ministerio de los Apóstoles. Pero, para ello, deben estar íntimamente unidos al ministerio apostólico, por medio de la Tradición (en el buen sentido de la palabra) y del mandato por parte de la Iglesia, nacida en la experiencia apostólica el día de Pentecostés.

Si la palabra evangélica es *un sacramento*, por el que se hace presente el Señor resucitado al engendrar al hombre a la fe, la predicación y el ministerio pastoral son también *sacramentos*: por ellos se actualizan la experiencia y la misión de los apóstoles. Esta es la grandeza de la misión y del trabajo apostólico. Es esencialmente el mismo que el de los primeros Apóstoles y discípulos.

El anuncio del evangelio y el apostolado tienen como condición la comunión con los Apóstoles, testigos primordiales de la resurrección del Señor. Nadie puede decir que predica el evangelio o realiza el apostolado, si no parte de la experiencia del Señor resucitado y vive la comunión apostólica. Nuestra experiencia de la resurrección de Jesucristo, y del nuevo sentido que da a la vida y a la muerte, ha de ser contrastada con la experiencia apostólica. Se puede decir que nuestra experiencia, aún siendo del todo personal, es la actualización de *su* experiencia; lo mismo que nuestra misión es la continuación de *su* misión en favor de los hombres de nuestra generación. No vivir así nuestro ministerio, sería vivir y comunicar una experiencia "religiosa" más, que no superaría en valor y eficacia a cualquier otra experiencia religiosa. En este sentido, el cristianismo no es una religión ni está fundada en la vivencia religiosa de alguien; es una vivencia y un estilo de vida que recorre la historia desde el "acontecimiento" en que se fundamenta: la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, testificada por sus Apóstoles a partir de la experiencia de Pentecostés (Hch 2).

En este primer punto quiero señalar una dificultad, un verdadero problema, que aparece de modo recurrente en la misión y el trabajo apostólico: es la predicación y búsqueda de la "experiencia de Dios" (así se suele llamar) como experiencia propia o apropiada. No es que no sean legítimas esta predicación y esta búsqueda. Son necesarias. Pero no es

esto lo primordial en el ministerio cristiano. Lo que constituye el centro y la esencia de este ministerio, en todas sus acciones, es el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado, señor y dador de la vida nueva y eterna. No entender esto es exponer el ministerio cristiano a todo tipo de veleidades y sectarismos. Lo cual unas veces es claro y evidente, otras es muy sutil y apenas perceptible y, en cualquier caso, siempre es negativo para la causa del apostolado. El mejor camino para evitar este escollo es *vivir la comunión apostólica*, es decir, contrastar la propia experiencia del Señor con la experiencia que de Él tuvieron los Apóstoles y que ha llegado hasta nosotros a través de la Tradición de la Iglesia, con todo lo que esto significa. Ser evangelizadores y apóstoles es ser llamados a colaborar en la misión de la Iglesia apostólica desde la propia experiencia del Señor resucitado.

II. SITUARSE EN LA LÍNEA DE LAS ESCRITURAS Y DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

Ser evangelizadores y apóstoles es dar un testimonio, en la línea de las Sagradas Escrituras, de una historia que comenzó hace mucho tiempo —la historia de la salvación—, so pena de que lo que anunciamos sea un simple relato de algo ocurrido en el pasado y lo que realizamos sean unos ritos y gestos religiosos o unos actos de buena voluntad.

Es el mismo Señor el que nos indica este principio de todo apostolado. Él se entendió a sí mismo en la línea de las Escrituras y como punto culminante de la historia de la salvación, donde todo encontraba su cumplimiento (Mt 5,17). Y así quiso que los suyos entendieran y practicaran su ministerio. "Oh, insensatos y tardos de corazón para entender todo lo que dijeron los profetas en las Escrituras", dijo a los desconsolados discípulos de Emaús, cuando a ellos se apareció resucitado (Lc 24,25ss). Y el apóstol Juan, relatando las apariciones del Señor, dice también: "Pues hasta entonces no habían comprendido que, según las Escrituras, Jesús debía resucitar de entre los muertos" (Jn 20,9).

Por tanto, debemos suponer que, de haber tenido entonces un conocimiento profundo y una inteligencia correcta de las Escrituras, los discípulos, tan pronto como hubieran visto los primeros signos o acontecimientos en torno a la persona del Maestro, habrían entendido la muerte y resurrección de Cristo como parte de su misterio salvífico y de la historia de la

salvación ya iniciada tiempo atrás, y habrían continuado el seguimiento de Jesús en lugar de desanimarse. No le ocurrió así a Pablo, hombre versado en las Escrituras. Desde el primer momento en que el Señor le sorprende en el camino de Damasco, se detiene y le pregunta con cierta inquietud y sospecha: "¿Quién eres, Señor?". Y, ante la respuesta de Jesús, espera lo que debe hacer y a alguien que se lo comunique de parte del Señor en el momento oportuno, dando a entender de esta manera que, aunque le extrañara, creía que era posible lo que le estaba ocurriendo en base a las Escrituras (Hch 9, 1ss). Después, en el largo tiempo de silencio y discernimiento que siguió a esta experiencia del camino de Damasco, y antes de su primer viaje apostólico, lo iría entendiendo mejor.

Antes de la resurrección del Señor, los primeros discípulos de Jesús nada escribieron y nada hicieron, en orden a la misión y al apostolado. La razón es muy sencilla: en realidad no habían entendido nada hasta que el Resucitado no les envió su Espíritu, luz para entender su vida y poder para anunciar su mensaje. A partir de entonces todos dan testimonio del Señor y de su resurrección en el contexto de las Escrituras y de la historia de la salvación. Sólo en este contexto se puede entender plenamente el misterio de Cristo. De ahí la necesidad de conocer y amar las Sagradas Escrituras, en las que hay *un comienzo, un centro y un fin*. Entonces se entenderá que la encarnación de Cristo, su vida, su muerte y sobre todo su resurrección son el punto culminante de un plan divino de salvación, que tiene su propia dinámica. Un Plan en el que Dios, por fin, se revela a sí mismo como el Dios amor y revela al hombre su propia realidad y destino.

El misterio de Cristo, y sobre todo el momento culminante de su muerte y resurrección, ha de encuadrarse histórica y vitalmente como algo proyectado por Dios desde toda la eternidad; realizado en Él en la plenitud de los tiempos y encomendado a la misión de la Iglesia hasta el fin del tiempo (Ef 1,3-14). Para llevar adelante este apostolado es preciso iniciarse en el "escrutar las Escrituras", de que habla el mismo Jesús, y descubrir en ellas los signos de la esperanza de los hombres y de la presencia de Dios. Incluso en un contexto pagano, en que también el evangelio debe ser anunciado, se puede hacer referencia oportunamente a las Escrituras y unir o iluminar las expectativas de los hombres con la respuesta que de hecho Dios nos ha dado en Jesucristo (Hech. 17, 22-31). Una tarea muy importante del trabajo apostólico es ver cómo hacer el primer anuncio del evangelio y cómo organizar el resto de las tareas apostólicas a partir de

este anuncio, que es el cimiento primero sobre el que se asienta toda experiencia eclesial.

Aquí es donde aparecen, en el ejercicio de la misión y del apostolado, dos dificultades, no menos serias y frecuentes que la que señalábamos en el punto anterior. La primera se refiere a la confusión entre enseñanza religiosa y catequesis. Son dos acciones totalmente distintas, que no siempre se complementan, como a veces se piensa en los círculos pastorales. La enseñanza se dirige a la inteligencia y puede darla cualquier persona ilustrada en esos temas, mientras que la catequesis compromete a la persona entera en toda su vida y sólo la puede dar un testigo de la fe que tenga experiencia de lo que cuenta. Hoy día son muchos los problemas que esta confusión está planteando a la pastoral, tanto dentro como fuera del ámbito eclesial. Sería interesante extenderse más en este punto, pero no es el momento y sobre ello se ha escrito ya bastante. Nos limitamos a apuntar el problema. Su solución se encontrará únicamente en la clarificación de los principios y en la delimitación de los espacios y tareas a realizar por los agentes implicados en ellas, aunque esto suponga a veces renunciar a ciertos privilegios por parte de la misma Iglesia.

La segunda dificultad procede del modo de realizar la acción pastoral catequética dentro de la Iglesia. Fácilmente se olvida que la acción catequética pretende la iniciación cristiana y el crecimiento en la nueva vida que nos da el Señor resucitado dentro de la Iglesia. En este caso, iniciar quiere decir sobre todo *introducir en la comunidad eclesial donde se recibe esta vida nueva y se crece en ella*. De esta forma continúa la historia de la salvación, tarea en la cual se verán implicados, en su momento, los que van siendo iniciados en el seguimiento y en la vida de Cristo Jesús. ¿Es así nuestra catequesis o muchas veces se queda en una simple enseñanza y durante un tiempo determinado? La solución está, nuevamente, en una buena teoría que inspire una buena práctica.

III. DAR UN TESTIMONIO CON SIGNOS DEL ESPÍRITU SANTO

Todo agente pastoral en la Iglesia, sea cual fuere su ministerio, ha de estar respaldado por la comunidad cristiana, que es la que le envía a la misión. Sería bueno que, sintiéndose siempre en comunión con toda la Iglesia, cada enviado partiera de una comunidad concreta, donde haya tenido la experiencia de Jesucristo y de la fraternidad cristiana. Con esta

doble experiencia ha de corroborar su mensaje y su ministerio. Es el contexto del Espíritu, absolutamente necesario para respaldar todo ministerio.

En los Hechos de los Apóstoles se ve claramente cómo las primeras comunidades cristianas daban testimonio de la resurrección del Señor, no sólo refiriéndose a la experiencia de los Apóstoles y a las Escrituras, sino también con los signos del Espíritu Santo que, tomados en conjunto, constituyen el nuevo estilo de vida de los creyentes en Jesucristo (Hch 2,42-47). Por eso se dice allí: "Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen" (Hch 5,32). El Espíritu acompañaba a los Apóstoles, no sólo iluminando y potenciando su palabra y su acción apostólica, sino derramando sus dones en la comunidad para corroborar esa misma misión. Al fin y al cabo, el Espíritu es el agente principal de la evangelización (cf. EN 75).

Para los primeros cristianos la prueba de que Cristo había resucitado, no era solamente el hecho de que se apareciera a los Apóstoles, sino también y principalmente el hecho de que enviara el Espíritu Santo, dando así cumplimiento a sus promesas (Jn 16,4-15; Hch 2,1-15). Un muerto no hace nada. Cristo está vivo porque envía ahora su Espíritu, "como todos podéis ver y oír" (Hch 2,33). Este Espíritu, que acompañó a la Iglesia en sus orígenes, ha estado siempre con ella a lo largo del tiempo. Las mismas sombras de la Iglesia y la ausencia de testimonio en algunos momentos y circunstancias de su vida, dan también fe de la presencia del Espíritu. De otra forma, ¿cómo se podría explicar la permanencia o subsistencia de la Iglesia a lo largo de la historia?

Es decir, para evangelizar y llevar adelante el apostolado, hay que hacer presente a Cristo resucitado en una comunidad de fe, en un contexto eclesial que lo haga de alguna manera palpable por las distintas manifestaciones, carismas (1 Cor 12) y frutos (Gál 5,22-24) de su Espíritu en los suyos. Y todos bien coordinados por el carisma más grande que es la caridad (1 Cor 13). Carismas y frutos del Espíritu son las fuerzas que respaldan a todo agente pastoral en la Iglesia, que en un momento dado podrá decir, como se dice que ocurría en los orígenes: "Ven y ve". Y llevaba a los neo-conversos a la comunidad. Es en la comunión eclesial donde se manifiesta poderosamente la resurrección de Jesucristo: la acción del Espíritu, por Él enviado, realiza la victoria del amor sobre el odio, de la vida sobre la muerte, del bien sobre el mal en aquellos que han sido llamados a la fe y caminan hacia la conversión total.

La vida de los creyentes es el mejor argumento de la resurrección del Señor y el apoyo definitivo de todo apostolado. El Señor no demuestra que ha resucitado porque se ha ido, sino porque viene. Fuera de este contexto vivo del Espíritu, el evangelio y todo mensaje en la Iglesia puede quedarse en pura ideología. Con el respaldo de una vida en el Espíritu, el creyente y el apóstol estarán preparados para dar razón de su esperanza (1 Pe 3,15).

Desde esta perspectiva, es evidente que entre las dificultades o problemas que se pueden plantear en el apostolado de la Iglesia estarán todos los que se refieren: *a)* a la comunión eclesial; *b)* a la presencia o ausencia de los dones y carismas del Espíritu; *c)* a la buena utilización de los mismos y *d)* a su coordinación en servicio de la misión común. En esto, todos los cristianos tenemos que afinar al máximo nuestra sensibilidad evangélica: desde la jerarquía hasta los simples fieles, las comunidades cristianas, los grupos apostólicos, las asociaciones y hasta las mismas congregaciones religiosas y los grupos exentos. Nada se debe perder de lo que "el Espíritu dice y da a las iglesias" (Ap 3,22). Entre todos debemos asegurar "el contexto del Espíritu", respaldo y garantía de toda misión y apostolado.

IV. CON UNA PALABRA Y UN PODER

El apóstol es portador, no sólo de una palabra, sino también y sobre todo de un poder. Siempre que Jesús envía a sus discípulos a la misión, ésta queda revestida con un doble cometido: la autoridad para predicar y, como un aspecto del mismo envío apostólico, el poder para echar demonios y curar enfermedades. Dice San Lucas: "Les envió a proclamar el Reino y a curar a los enfermos" (9,1-6). Y, después de relatar lo que los enviados podían llevar o no llevar, el mismo evangelista escribe: "Partieron los doce a recorrer los pueblos predicando la buena nueva y sanando a todos".

Este es un dato importante de la misión cristiana; una nota que conviene tener muy en cuenta: nunca ha desaparecido de la Iglesia la conciencia del poder de sanar o curar como parte de la misión evangélica. La historia, sobre todo la historia de los santos, abunda en testimonios. Pero hay que decir que es un aspecto fácilmente olvidado en el ejercicio del apostolado. Hoy, sin embargo, se está recuperando esta conciencia del poder sanador de la Palabra y la oración de sanación, tanto interior como exte-

rior, que debe acompañar al mensajero de la buena nueva como parte integrante de su misión salvífica.

Santo Tomás, al comentar los textos del evangelio que se refieren al envío misionero, dice: "Esto [las curaciones junto con la predicación del evangelio] era así, porque en la predicación la única clase de pruebas de la fe que tenemos, es la prueba de los signos. Por eso, siempre que predicamos las cosas de arriba, no podemos usar pruebas filosóficas para probarlas, sino los signos y los milagros que se siguen como confirmación del mensaje"(Com. In Joan. 9, lecc.3^a). Es decir, la Palabra de Dios se demuestra que es palabra de Dios y no palabra humana "con signos que sólo Dios puede hacer" (cf. Jn 3,2).

San Pablo, modelo de apóstoles, entendió esto muy bien, y por eso escribió: "Yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el testimonio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en poder de Dios" (1 Cor 2,1-5).

Santo Tomás, al comentar este texto de san Pablo, dice así: "Lo que dice san Pablo al afirmar que hay que confiar en el poder del Espíritu, es lo mismo que hemos dicho. Estas cosas no se pueden probar. Lo que quiere decir es esto: si quieres ser un predicador, tienes que confiar en los signos y milagros; la demostración del poder del Espíritu es a través de los milagros". Y, siguiendo siempre su estilo claro y conciso, santo Tomás habla de dos clases de milagros: "Uno, como cuando se resucita a un muerto o se sana a un enfermo (milagro físico); otro, cuando el predicador es tan sorprendente como ser humano por su vida, que no se puede explicar con palabras humanas. Entonces, el testimonio del predicador del evangelio es equivalente a la resurrección de un muerto (milagro moral)".

Lo que dice del ministerio de la predicación, se entiende, con todo derecho, del ministerio apostólico general. Y en este mismo contexto llegará a afirmar: "la cumbre de la tarea apostólica es la predicación", tarea completamente distinta de la enseñanza. Llegados a este punto, santo Tomás piensa que el predicador o apóstol del evangelio debe estar dispuesto a realizar milagros; es decir, a que Dios los realice por medio de

él, cuando predica o realiza su ministerio en nombre de Jesucristo. Por esta misma razón, el santo teólogo dice: "Predicar en estado de pecado es algo así como cometer un sacrilegio, pero enseñar en ese estado es diferente".

El apostolado de la predicación —que en definitiva es el anuncio de la salvación de Dios en Jesucristo— no es hablar o enseñar sin más. Tampoco es recordar unas leyes o dar unas pautas de vida para que quienes nos oigan procuren ser buenos, encauzando correctamente sus vidas. Esto, en última instancia, sería predicar con la mentalidad del AT, proclamando la Ley, para darnos cuenta, en un momento dado, que no somos capaces de cumplirla. Todo apóstol cristiano, que desee realizar el apostolado en la línea de san Pablo y de los demás apóstoles y profetas del NT, deberá tener en cuenta lo que dice también santo Tomás: "Hemos sido enviados con el *mismo amor*, con la *misma fuerza* y con el *mismo poder* con que el Padre envió al Hijo" (*Com. In Cor.*, l. c.). En el apostolado se trata de anunciar y encarnar con fuerza la buena nueva, la noticia definitiva de que habla san Pablo en 1 Cor 15,45: "Jesucristo ha muerto y ha resucitado, ha vencido a la muerte y todos sus poderes, y ha sido constituido en espíritu que da la vida" .

Realizar así la misión evangélica no es anunciar el evangelio como una nueva doctrina traída por Jesús o como una enseñanza más que tuviéramos que aprender y tratar de seguir únicamente con nuestro esfuerzo. Esto ya lo tenía el pueblo de Israel antes de Jesús y, en última instancia, existen muchos sistemas filosóficos, éticos y religiosos en el mundo llenos de buenas doctrinas, con propuestas de vida más rigurosas que el cristianismo. El apóstol cristiano anuncia y comunica lo que Jesús comunicaba en su vida mortal y comunica ahora desde su sede a la derecha de Dios: un poder, una presencia, una gracia. Una realidad que, en definitiva, nos libera, nos sana y nos potencia. Algo que nosotros no tenemos ni podemos adquirir por nosotros mismos y que la Ley antigua de Israel no podía dar al hombre, ni siquiera después de mucho esfuerzo por su parte. Una realidad que no es para confirmar lo que se predica o anuncia, y que vendría después del anuncio, sino que es parte esencial del evangelio anunciado, parte del ministerio apostólico. Es lo que el NT llama *nuevo nacimiento o vida nueva* (Jn 1,13; 3,5).

Ser apóstoles es, por tanto, anunciar la Palabra de Dios y comunicar el Espíritu de Jesús resucitado, por quien somos hechos hijos y podemos llamarle Padre, igual que el Hijo (Rm 8). Realizar la misión cristiana de

otra forma, es exponerse a caer fácilmente en el moralismo y proponer una moral o línea de vida que, por más que lleve el cuño de "moral liberadora", no es capaz de liberar a nadie, porque nadie será capaz de llevarla a la práctica de verdad. Caeríamos en lo que san Pablo trata de evitar en la misión y en la práctica de la vida cristiana con su carta a los Gálatas. Sólo Cristo ha vencido la muerte y puede darnos el Espíritu que nos libera del miedo a morir (Heb 2,14-15) y nos capacita para vivir la nueva vida en el gozo y la libertad de los hijos de Dios (Rom 8,21; Gál 8,1). El apóstol anuncia esta buena nueva y, actuando en nombre de Jesucristo, comunica la vida nueva llamando a la conversión, es decir, a la aceptación del Resucitado como único señor y salvador (Hch. 2,36; 1 Cor 2,4; 4,18-20). De la liberación que se produce en los creyentes al aceptar a Jesús y unirse a él por la conversión, proceden todos los ministerios apostólicos que han de realizarse después en la Iglesia, en orden a la liberación de sus hermanos los hombres. Estos ministerios constituyen el amplio abanico de los servicios y compromisos sociales y caritativos de la Iglesia, que pueden llegar hasta el mismo martirio.

Varios son los problemas que se pueden plantear en el campo del apostolado si tenemos en cuenta lo dicho en este punto. El primero sería olvidar que, en el envío de los apóstoles, el Señor une el anuncio de la Palabra y los signos que la acompañan. También en esta realidad podemos afirmar: "lo que Dios ha unido no lo separe el hombre". Hay que confiar en el Señor, que puede acompañar con signos o prodigios el anuncio de la Palabra. Y en el caso de que el predicador no fuera el sujeto por medio del cual se den tales prodigios, éste deberá cuidar mucho la comunión con la Iglesia, donde ciertamente tales signos se han dado y dan en algún lugar. Ésta es una de las razones más poderosas para mantener siempre la comunión entre los ministros del evangelio y una buena coordinación entre los ministerios apostólicos. "Que no me falten las hermanas de la caridad cerca de mí", decía un predicador.

Otro problema, a veces sutilmente presente, es querer buscar en sistemas de pensamiento y vida fuera del evangelio y de la Tradición de la Iglesia un soporte a la misión o apostolado sin haber explotado suficientemente las fuentes evangélicas y eclesiales. Es verdad que el pecado de la Iglesia o la ausencia de signos positivos pueden ser un obstáculo para su misión. Pero los verdaderos apóstoles no deben ser fáciles ni en la crítica intraeclesial (a no ser para construir), ni en la búsqueda de otros apoyos ajenos al evangelio (a no ser que realmente descubra en ellos la

presencia, al menos anónima, del Señor). Sin duda que el Reino de Dios y su presencia salvífica trascienden el ámbito eclesial, pero no para menoscabo de la Iglesia, sino como una llamada más del Señor a la conversión y a la fidelidad. El primero en escuchar esta llamada, en ser comprensivo y ofrecer el testimonio evangélico es el mismo apóstol. En todo momento hemos de tener en cuenta la exhortación del gran apóstol Pablo: "Mostraos solícitos en conservar la unidad que es fruto del Espíritu" (Ef 4,3).

V. PLANTAR LA IGLESIA EN SU TRIPLE DIMENSIÓN

La misión apostólica tiene su origen y fundamento en el mismo Jesucristo como enviado de Dios. Él sabía que había salido del Padre (Jn 13,3), misionado al mundo por amor a los hombres (Jn 3,16), para ser "camino, verdad y vida" para todos (Jn 14,16). Por eso, cuando el Señor envía a sus apóstoles a continuar su misma misión a lo largo del tiempo (Mt 28,18-20), la misión de los enviados necesariamente tiene que cubrir los tres aspectos de la persona y testimonio de Jesús: anunciar la Verdad, que es Jesús; comunicar la vida nueva que nos viene de Dios por medio de Jesús; y trazar un Camino de vida en el seguimiento de Jesús. Es el triple ministerio de la Iglesia en todo tiempo y lugar hasta que vuelva el Señor, que no obstante la acompaña siempre a lo largo del tiempo (Mt 28,20). Se llaman también: ministerio de la Palabra o testimonio (*mártiría*), ministerio de la liturgia o culto (*leitourgía*) y ministerio del servicio o solicitud caritativa en el camino (*diaconía*).

En todas las religiones existe este triple aspecto o ministerio. Todas las religiones tienen unos contenidos de fe o palabras que la expresan; un culto o conjunto de ritos y celebraciones, y una moral o estilo de vida. Estas tres cosas en el cristianismo, al margen de que sea o no una religión, son y se llaman "Jesucristo", que es verdad, vida y camino.

Estos tres ministerios, en el ejercicio de la misión o apostolado cristiano, tienen que ver entre sí: se suceden con perfecta lógica y se explican mutuamente. No se puede decir que la Iglesia se dé en su totalidad si no se dan estos tres ministerios al mismo tiempo. Plantar la Iglesia e iniciar al cristianismo es iniciar a la fe, al culto y a la vida del seguimiento de Jesús. A su vez, cada uno de estos tres ministerios tiene su propia dinámica interna y su momento (que todo agente de pastoral debería conocer).

Por ejemplo, el ministerio de la Palabra tiene estos momentos: el discurso misionero o anuncio del kerigma, la catequesis, la homilía, la teología y la palabra profética ocasional. El ministerio del culto comprende: la iniciación a los sacramentos de la Iglesia o liturgia propiamente dicha, la iniciación a la oración en sus distintas formas y la paraliturgia en general. El ministerio del servicio comprende la gran variedad del compromiso cristiano: servicios de caridad, presencias y compromisos múltiples de los cristianos que los asumen desde la fe en Jesucristo y como ministerio en nombre de la Iglesia.

Los problemas, que pueden aparecer en la puesta en práctica de lo indicado en este apartado, proceden: *a)* del desconocimiento del triple ministerio eclesial; *b)* de la no coordinación de estos ministerios y con la lógica que exigen, o *c)* de la incuria en su realización. Una vez más hay que decir que el principio que debe presidir el ejercicio de los ministerios es "tener una buena teoría para llevar a cabo una buena práctica o para corregir la práctica que no es correcta". Los agentes de pastoral no sólo han de tener buena voluntad, sino también buena inteligencia. Es preciso cuidar la formación básica y la formación permanente, el trabajo en equipo, la pastoral de conjunto. Todos saldrán beneficiados si actúan así y la Iglesia mostrará mejor su propio rostro.

VI. UN SÓLO SEÑOR Y UN SÓLO ESPÍRITU

La ley de oro que debe presidir toda actividad eclesial, y muy especialmente el ministerio apostólico, es que la Iglesia es de Jesucristo, quien, resucitado, continúa su ministerio de salvación. Él es el único señor, el único mediador, el único apóstol o enviado de Dios. Todos los demás agentes pastorales son ministros o vicarios suyos, pero nunca sucesores o sustitutos de Él. Sin Él, nada tiene sentido ni es posible en el orden de la salvación. Nadie puede hacer nada sin Él (Jn 15,4). Él es la vid, los apóstoles son los sarmientos (Jn 15,5), que no pueden tener consistencia alguna ni sabia que transmitir si no la reciben de la vid. Sin Jesucristo no hay ni acción apostólica ni fruto posible en el apostolado. A quienes son fieles a este principio, el Padre los poda para que actúen mejor y den más fruto; a quienes no lo son, los arroja fuera y terminan secándose (Jn 15,6).

Si el Señor es uno, su Espíritu es también uno y único. Los Santos Padres le llamaron con toda razón "el alma de la Iglesia". De Él proceden todos los carismas y ministerios, para la edificación del único Cuerpo de Cristo (1 Co. 12) en su servicio de salvación al mundo.

El más grande y el mejor de estos carismas es la caridad (1 Cor 13). San Agustín explica muy acertadamente por qué. Sólo la caridad pone en marcha, y al servicio de los demás, los carismas propios de cada uno. De ese modo, los carismas se ejercitan; al ejercitarse se desarrollan y crecen; y el creyente, a quien le han sido dados y sirve con ellos a los demás, encuentra su propia salvación. Si, por el contrario, alguien tiene uno o varios carismas pero no tiene caridad, o no ejercita el carisma y éste languidece y se pierde, o bien, si lo ejercita sólo en provecho propio, puede perderse el mismo sujeto por su egoísmo. La única manera de entender y realizar bien el apostolado en la Iglesia, sea cual fuere el carisma y el ministerio, es la comunión de cada uno con el Señor y la inter-comunión de todos en el mismo Espíritu. La exhortación paulina a mantener esta doble comunión vale y es más urgente para los agentes de pastoral (Ef 4,3-6). Las rupturas, a veces sutiles, de la comunión pueden darse, no sólo por las diferencias entre líderes, sino por los distintos movimientos, proyectos, líneas de acción y teologías que las inspiran, etc.

Los ministros del Señor han de estar siempre alerta; despiertos para no caer en la tentación que más daño hace a la Iglesia a la que sirven: las rupturas de la comunión. Por algo el Señor tuvo esta preocupación en su última hora con los apóstoles y oró al Padre por la unidad entre ellos (Jn 17). ¿No tendría que ser esta oración de Jesús, en esa Hora suprema, una oración frecuente en el corazón y en los labios de los apóstoles y animadores del pueblo de Dios?

Con estas reflexiones sólo he querido reflejar algunas preocupaciones que he vivido a lo largo de los años de ministerio pastoral y que, de alguna forma, tienen que ver con la comunión o con las rupturas entre los agentes de la misión. En mi opinión, contemplar estas cosas tiene que ver con la teología pastoral y con la espiritualidad de los agentes de pastoral. Esta contemplación nos ayudará a tomar conciencia de la grandeza y responsabilidad de la vocación a que hemos sido llamados (2 Tim 1,6). De la conciencia de esta vocación surgirá la oración apostólica, suplicando a Dios la fortaleza necesaria con que fortaleció al mismo Jesús (Lc 22,43) y éste a sus Apóstoles. Él nos ha dicho: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo" (Mt 28,20).